

LA CARIDAD

PAX VOBIS

Semanario Católico con censura eclesiástica

Cartagena 21 de Octubre de 1916

AÑO XII

No se devuelven los originales

Redacción y Administración: Plaza de los Tres Reyes, número 2

Número suelto cinco céntimos

N.º 631

La cara por Dios

La cobardía de negarle la cara a Dios es la más perjudicial. Sobre este punto deseáramos extendernos con mayor amplitud. No lo haremos, empero, por falta de espacio. Figuramos los católicos en casi todas las localidades como minoría, y esto es lo que da aliento a la impiedad para atreverse a cualquier atentado. Y no obstante, ¿quién lo duda? ¡Somos los más! ¡Somos mayoría! Y la turba que nos asusta con el número, retrocedería espantada el día que nos viese unánimes y compactos en la profesión de nuestra fe. ¿Sabéis quién tiene la culpa de que esto no suceda? ¡Ah! Preguntádselo a esos católicos a su modo, cuyo principal empeño es encontrar un modo tan original de serlo, que en nada les distinga de los que no lo son.

Preguntádselo a esos ciudadanos honrados que por miedo a ser llamados cristianos reciben a escondidas el periódico sano, que tal vez es el que leen con mayor interés que el que les trae encima de su mesa o velador el periódico malo o ambiguo que detestan en el fondo de su alma. Preguntádselo a toda esa grey de vergonzantes y miedosos que ocultan como un crimen en su casa y persona toda señal de fe y piedad que pueda comprometer su reputación de hombres del día a los ojos de sus amigos. Y ved luego por qué es tan audaz el blasfemo, por qué es tan insolente la prensa irreligiosa, por qué son tan libres los desahogos de la impiedad. Naturalmente: ¡como son tan raras las protestas públicas contra tales excesos! como al Catolicismo que, gracias a Dios, está aún en todas partes, no se le ve, gracias al respeto humano, ya casi en ninguna!

¡La cara por Dios! ¡La cara por Dios, amigos míos! No le neguéis nunca a Cristo, abofeteado y escupido en la suya divina, este testimonio de vuestra cara aunque os la obofeteen el mundo y os la escupa el malvado. ¡La cara por Dios! Dé eso quien no tenga otra cosa que dar, y quien otra cosa tenga, de eso también. Más que la propaganda por medio del libro y del periódico, más aún que la propaganda por la conservación y por la obra de caridad: es eficaz la propaganda por medio del ejemplo. ¡La cara por Dios! ¡Y no dudéis encontrar misericordiosa la del Supremo Juez en su hora postrera los que por profesar su fe la hubieran mantenido serena y cristianamente altiva en los presentes combates!

QUEREMOS alcanzar todos los bienes que nos convengan?

¿Queremos tener influencias, hoy

que tan necesarias son para que nos sean despachados favorablemente todos nuestros asuntos?

¿Queremos tener un abogado que nos defienda desinteresadamente en todos nuestros pleitos?

Pues nadie mejor que nuestra queridísima VIRGEN DE LA CARIDAD.

Y cómo no, si ella es el *alba* del día, precursora del verdadero sol de justicia; *panal* de miel, por su dulzura; *violeta*, por su humildad; *rosa*, por su caridad; *azucena*, por su pureza; *vid*, por la abundancia de sus frutos; *perfume*, por el olor de sus virtudes; *madre*, por su fecundidad; *virgen*, por su integridad; *señora*, por su poder; *reina*, por su majestad; *estrella*, por la dirección de sus obras; *luna*, por sus adelantos; *sol*, por la consumación de sus gracias; en una palabra, *paraíso celestial* por la plenitud de toda suerte de bienes.

Acudamos, pues, a ella con viva fe y confianza, que si así lo hacemos como madre nuestra que es, bien pronto acudirá en nuestro socorro.

¿Como fuera para trapos!

(Conferencia telefónica de diez minutos)

Tilriri, tilriri, riii, riii.

—¡Mucho fuere! Mire Ud. que no poder descansar de Conferencias ni en plena temporada de baños..!

Tilriri, riii, riii, riiiiiii...

—¡Hay que ver! ¡Y de diez minutos! ¡Una eternidad..!

Tilriri, tilriri...

—¿Qué es?

—Servidora, es Prudencia Catacaldos Veo y Pruebo.

—¡No está mal! A trueque de hacer honor a tus apellidos, te pones por montera el nombre. ¡No está mal!

—¡Milagro fuera que no disparase Ud. un cuarenta y dos alemán!

—No haberme disparado tú el setenta y cinco francés.

—¿Yo? No veo en qué...

—¿Te parece poco, con el calor que hace, llamarme al teléfono y ¡para diez minutos!?

—Es que me urge mucho y por eso habrá Ud. de dispensarme.

—Bueno: dí; pronto y al grano.

—Ahora mismo. ¿Puedo ir a los toros?

—Sí.

—¿Me ha entendido Ud. bien?

—Creo no estar sordo; ahora, ¡si tú me tienes por tonto!...

—¡Ave María Purísima!... No digo yo eso, pero...

—Pero... estás hoy dispuesta a ponerle el nombre por montera, ¿verdad?

—Con Ud. nunca..

—Te lo repetiré para que no te quede duda. Sí; puedes ir a los toros; el ir a los toros no es pecado: si pecas, será

por otra cosa y por otra causa, no por asistir al espectáculo toros.

—Muy bien. ¿Puedo leer novelas?

—Según ellas sean.

—Las que trae *El Liberal*, *El Herald*, *El Imparcial*...

—No sigas. Ni puedes leer esas novelas ni esos periódicos.

—¡Jesús! ¡qué barbaridad!

—¿Qué te pasa?

—Nada, Padre, nada. Es que me ha chocado un tanto eso de que NO PUEDO LEER ni *El Herald*, ni *El Imparcial*, ni *El Liberal*, ni...

—¿Es por eso por lo que has hecho esa exclamación? Pues, mira, niña Catacaldos, la barbaridad y la estupidez mayor del mundo es llevar un nombre muy hermoso tan ignominiosamente como tú llevas el tuyo.

—Perdóneme, Padre; es que yo me figuré que eso me lo decía usted por asustarme.

—Basta; con azúcar está peor. Y conste que ni puedes leer esas novelas ni esos periódicos. ¡¡Son mala prensa!! Son la prensa a la cual, con sobradísima razón, llamo *Mala Prensa*.

¡Prensa impía y mala que es peor que las serpientes de los bosques, más traidora, más astuta, más dañina, más (avara de la sangre de sus víctimas incautas...)

—¿Está usted seguro?

—¿Cómo si estoy seguro? ¿Estás tú en tu juicio?...

—Dispense usted, pero es que...

—¿Qué es?

—Mire usted, no quisiera ser imprudente...

—¡Vomita! ¡qué no está el tiempo para gastar tiempo!

—Pues que... el otro día, estaban unos señores criticando algunas cosas de las que usted dice, por...

—¿Sí, eh? Pues escucha, todo, todo, absolutamente todo cuanto yo digo y escribo, estoy dispuesto a demostrarlo. Digo y escribo la verdad, la doctrina corriente de la Iglesia...

—Entonces ¿cómo pueden criticar?...

—No sigas. ¿Sabes lo que dice Pereda en una de sus novelas?

—No las he leído.

—¡Claro! ¡Como son buenas! Pues dice Pereda: «Aquéllos que no sirven para hacer cosa alguna de provecho, aquéllos que no sirven para nada, ¡se meten a críticos!»

—¡Superior!... ¡La estocada es...

—Te lo repito: lo que yo digo y escribo es verdad; y no habrá quien demuestre que no lo es...

—No, si decir que no es verdad no lo decían; lo que decían es que...

—Bueno; lo que me importa es la doctrina, y... pues no pueden decir que no es verdad lo que yo enseño, dejemos lo demás: a palabras necias, oídos sordos, ¡que no es cosa de perder el sueño

porque los perros ladren a la luna! Si te parece, daremos, por terminada esta Conferencia, ¡me estoy derritiendo del calor que hace!

—Dos minutos más. ¿Cuál es MALA PRENSA?

—Todo periódico, revista, hoja volante o libro que, con sus grabados o escritos, directa o indirectamente, conculque los derechos de Dios o de la Iglesia, ridiculice o calumnie a las personas y cosas sagradas, aparte de las almas de la frecuentación de los Santos Sacramentos, y descarada o veladamente las incite al mal; la que...

¿Aún más?...

—Es mala Prensa la que, hipócrita o francamente, defiende y sostiene que la Iglesia no debe meterse en política, esto es, en el modo de gobernarse, en las leyes de los Estados; la que enseña y sostiene que la Religión debe concretarse al templo y al hogar doméstico, sin exteriorizarse en la calle, y sin meterse...

—Veo, Padre, por las señas, que hay mucha mala prensa...

—Es mala Prensa la que trabaja por secularizar la enseñanza; la que da anuncios de espectáculos inmorales, la que trata de crímenes personales con minuciosidad repugnante de asquerosos y rufianescos pormenores y detalles; la que...

—¿Qué debo hacer, pues?

—No leer tales papeles; no dejar que entren en tu casa; no comprar en comercio que se anuncie en ellos; hacer que tus amigos hagan lo mismo; y LEER Y PROPAGAR con entusiasmo la buena Prensa.

—Me tendrán por beata.

—¡Y qué!

—Se reirán de mí.

—¡Y qué!

—Correré un espantoso ridículo.

—¡Poco a poco! Una mujer,—si obra con prudencia,—jamás corre el ridículo por defender la moral y el bien. El ridículo lo corrían las mujeres con esas modas simiescas que admitís; el ridículo...

—Es el caso que esos periódicos de que antes he hablado a Ud. son los que leen mi papá y mis hermanos.

—Ahí de tu habilidad, y el valerte mucho de tu nombre para lograr que los dejen.

—¡Ay, Padre! eso se dice muy pronto...

—Y se hace, aunque no sea tan pronto. ¿No sabes aquello de, que si tu mujer te pide que te echas por un tajo, pídele a Dios que esté bien bajo?

—Sí, Padre, sí; pero luego, al momento, salen con que si beata, si fanática, si...

—¡Lo sé! y sé también que la gota de agua horada la piedra.

—Sí, pero...